

La Experiencia

Infantil Del Espacio Arquitectónico.
Proyecto trabajo de grado - Tesis Laureada.

Est. Marcela Cabrera Cadena



Palabras Claves

Espacio corporal
Espacio lúdico
Espacio primigenio
Espacio sensorial
Lugar imaginario

Resumen

Es difícil describir una experiencia investigativa que desborda la posibilidad de la palabra; aún así, y reduciéndola a la definición de los términos; se intenta exponer la complejidad que caracteriza al ejercicio desarrollado.

De primera mano, se buscaron entre las fuentes documentales, ideas primarias que permitieran acercarse al espacio-lugar infantil. Al considerar que la teoría no era suficiente, se recurrió a la propia infancia y a la observación directa de sus vivencias espaciales.

Lo observado en el vínculo espacio-infancia, se llevó a un exhaustivo análisis y permitió adquirir, algunas ideas que refieren posibles maneras de intervenir el espacio arquitectónico como lugar infantil; criterios de intervención espacial relacionados con la forma, tamaño, texturas, luz, color y la sombra.

No se considera irrefutable lo obtenido, por el contrario, pese a determinarse valioso también se estipula incierto, ya que se reconoce difícil entender el espacio infantil desde la mente condicionada de un investigador adulto.

Es posible que, si se recurre a los niños para pedir una definición del espacio arquitectónico, se obtengan repuestas tan inconexas como variadas que resulte difícil tratar de interpretarlas. Los niños siempre describen una realidad que, a los adultos, parece fantasía. Esa inmensa posibilidad interpretativa que habita las mentes infantiles, se presenta para los adultos como un complejo campo de difícil descripción; frente al cual, quizás sea necesario desprenderse de toda concepción espacial adquirida y disponerse preceptivamente para abrazar un universo de infinitas posibilidades.

La infancia, es más que una mera etapa biológica; es un estado de disponibilidad y de riqueza, un estado de difícil descripción y abordaje; un fragmento de la vida capaz de romper y afectar el pensamiento científico y racional del adulto, de cuestionar lo que se considera verídico e incluso, de declarar cierto lo que podría parecer irracional. El campo espacial en el que el infante se mueve, puede no admitir tecnicismos, ni grandes e inamovibles teorías arquitectónicas, el espacio-lugar infantil, puede acudir al lenguaje inconexo, a la expresión de los dialectos no hablados e incluso, a la cualidad del silencio.

La gran complejidad infantil invita al adulto, a navegar bajo el ritmo desinteresado y totalmente desprovisto de la infancia, a tratar de comprender sin delimitar nada, invita a volver al origen y acudir a experiencias que trascienden la cotidiana manera de valorar el espacio, permite vivir la espacialidad desde lo extraordinario,

invita a sumergirse en áreas sin suficiente explicación, lleva a vivir fenómenos de lo desordenado y de lo inexplicable, donde debe considerarse constantemente la aparición de núcleos inconexos y dinámicas confusas donde seguramente, la mejor estrategia, pueda ser la de operar tratando de entender la complejidad fenomenológica de la infancia y su vínculo espacial sin generar estructuras de definición inamovibles.



Imagen 1: Fotografía alusiva a la particular interpretación infantil del espacio.

Fuente: Elaboración propia.

El Espacio Cuerpo

Intentando desfragmentar la complejidad infantil, se acude a la explicación sintética del concepto “espacio-cuerpo”, definiéndolo como una realidad unísona en la que existe una integración indiscutible entre el cuerpo y el espacio; una vinculación entre el yo cuerpo y el mundo que borra los límites entre el sujeto que explora y el objeto explorado. En la experiencia espacial de la infancia, se reconoce al cuerpo como primer territorio conquistado a partir del cual se hace posible conquistar otras realidades existentes. El cuerpo, opera como un vehículo de exploración que constantemente se altera del yo al no yo abandonando siempre en la experiencia, su individualidad como cuerpo humano que explora.

El niño, identifica en la vivencia espacial su cuerpo como centro y receptáculo de la experiencia, pero a la vez, en la complejidad de su infancia, es capaz de llegar a ser otro, un espacio a un objeto que experimenta y con el cual se funde. Un traslado constante de lo propio a lo otro, del cuerpo humano a la cosa, del cuerpo humano al cuerpo animal o al cuerpo espacial.

La posibilidad de mimesis surge en la fusión de las dos pieles; arquitectónica y humana, trascendiendo hacia la conformación de aquello que se ha denominado el “espacio-cuerpo”; una entidad que es factible de construir a partir de la alteridad presente en la experiencia del niño, donde se renuncia a la existencia individual y separada del espacio acudiendo a la conformación de una existencia en la que es posible ser otra cosa diferente a sí mismo.

El espacio infantil llega a ser un espacio encarnado, supone un mundo que pasa a organizarse alrededor del cuerpo hasta el punto en que es imposible separar la imagen del yo de su existencia espacial. Tras todo esto, es posible hablar aquí de configuraciones capaces de dialogar con ese cuerpo como centro, arquitecturas pensadas en torno a la experiencia corporal, se refiere a una envolvente espacial capaz de incidir en las vivencias sensoriales a tal punto de fundirse con ellas.



Imagen 2: Fotografía alusiva al espacio conquistado desde el cuerpo.

Fuente: Elaboración propia.

Ya sea por la experiencia directa con el espacio o no, el cuerpo como realidad sensible, ofrece un constante arsenal de vivencias. Entre las más evidentes, se encuentran aquellas que son tangibles y que conducen inevitablemente a pesar en la caricia material como forma de ofrecer una vivencia corporal.

En la expresión de esa caricia material, se habla de dos pieles tangibles capaces de tocarse (piel humana y piel arquitectónica); un contacto necesario en la conformación de la idea espacial como una realidad adherida al cuerpo y nunca indiferente a su existencia

Dicha noción de espacio que surge como experiencia sensorial del mismo, hace posible la propiocepción y la exterocepción, donde la experiencia corporal de la envolvente es única e intrasmisible; hablamos de una experiencia de intimidad, de caricia y de contacto, en la que la piel humana toca y es tocada; nos aproximamos al espacio de lo tangible como una burbuja cercana en la que es difícil separar el cuerpo de la realidad espacial.

En esta envolvente tangible como espacio íntimo, el cuerpo percibe para el cuerpo, capta toda la información que le brinda la realidad espacial, el cuerpo se aproxima al espacio y lo identifica, pero también se reconoce a través de lo percibido. Nada separa al cuerpo del espacio o al espacio del cuerpo, se encuentran íntimamente ligados en una vivencia infantil indivisible, en la cual toda la existencia material propia y externa es medida a partir de ese cuerpo como centro y de sus experiencias eminentemente tangibles.

Espacio Cuerpo Tangible

Dentro de esta experiencia de lo tangible, es posible hablar sobre la definición de unos primeros criterios de diseño. Se logran postular aquí, nociones relacionadas con la intervención de la forma espacial, el tamaño y las texturas como elementos tangibles de la experiencia con el espacio.

Se evidencian, formas capaces de conducir de manera directa a la caricia y al movimiento, se refiere la sinuosidad como carácter formal capaz de incentivar en la infancia esa experiencia espacio-corporal de cercanía. Es posible hablar de formas que son creadas en torno a los movimientos corporales y que además los induce.

Se propone la creación de formas trazadas a partir del movimiento libre de un cuerpo que juega y traza siempre secuencias sinuosas, se describe un cuenco contenedor dibujado en torno a esos movimientos libres, un cuenco con entrantes y salientes. Se trata de una forma que capta ese movimiento tridimensional y lo hace espacio una forma que traduce una secuencia de juegos corporales coherente y sencilla en su circularidad, a elementos espaciales capaces de dialogar con el cuerpo. Se expone una forma que no se contempla desde la estética expectante ni desde su conjunto armonioso, sino que se disfruta en las sensaciones y movimientos del cuerpo del niño explorador y que se descubre progresivamente y por fragmentos de movimiento.



Imagen 3: Fotografía alusiva al espacio cuerpo-tangible.

Fuente: Elaboración propia.

Espacio Cuerpo Tangible.

Es posible también hablar de un tamaño espacial que se concibe en torno a ese pequeño cuerpo y sus alcances, que determina que todo aquello que resulte corporalmente inaccesible, queda por fuera del registro de la vivencia espacial.

Se supone un tamaño espacial que se crea en torno al niño y sus proporciones como sistema de medida; un espacio que tiene presente la altura, el alcance de los brazos, la prolongación lateral, las profundidades mínimas. Un espacio que se dimensiona a partir de las dimensiones alcanzadas por un cuerpo que se mueve y que acciona al moverse sus extremidades, logrando dibujar tamaños corporales precisos en la experiencia del espacio.

La posibilidad de dimensionar el espacio en el recorrido es inevitable, el cuerpo antes de actuar piensa y cada acción que ejerce se encuentra debidamente planeada en consonancia con las posibilidades corporales que permite la configuración espacial. Se habla de un cuerpo que se mide y mide el espacio continuamente en búsqueda de las mejores estrategias corporales que permitan la exploración. Medir y moverse van tomadas de la mano; el movimiento deja percibir las dimensiones del espacio y determinar las maneras de adecuar al cuerpo al mismo tiempo que hace posible dimensionar del lugar, se habla de un tamaño en relación con las dimensiones del cuerpo en movimiento.

Las texturas, se exponen como recurso material de la experiencia tangible, capaces de alimentar esa condición cercana del espacio -cuerpo, mucho mas de lo que logran alimentarla la forma o el tamaño. Se proponen materiales constructivos que no discuten en la experiencia estética de su juego armonioso sino en la vivencia sensible de la piel, una materialidad envolvente que permite sentir placer o incomodidad, pero que siempre despierta la conciencia sensible de un cuerpo material y de un espacio tangible existentes; una materialidad que es fuente de experiencias; una envolvente que comprende que todo comienza con las sensaciones del cuerpo, y todo es vínculo con el mundo.



Imagen 4: Fotografía alusiva al espacio cuerpo tangible de experiencia táctil.

Fuente: Elaboración propia.

Espacio Cuerpo Intangible.

Al igual que el mundo tangible, los ámbitos de lo intangible se enraízan en el cuerpo; sin embargo, buscan otros modos de contacto que permiten tomar conciencia de la existencia del cuerpo como centro que experimenta y del espacio como lugar inmaterial que también puede ser experimentado por medio de un constante acoplamiento entre el yo y el mundo sensorial.

Es posible sumergirse en una comprensión de lo intangible de la luz-color y la sombra, como experiencia que va más allá de considerarse simple vivencia de apreciación visual. Los elementos intangibles, pertenecen a la experiencia del cuerpo; donde no se descarta la notable experiencia visual que proporcionan la luz o su sombra y tampoco la del color; sino que más bien se vinculan a una vivencia que trastoca al cuerpo, donde se tiene la posibilidad de hablar de un observador infantil que no es incorpóreo, de una vivencia del ojo y de la piel en un estrecho acoplamiento.

Estos elementos luminosos e intangibles, se filtran por la envolvente tangible del espacio y son capaces de tocar su materialidad, de abrazarla y fundirse con ella en la constitución de un espacio de única experiencia. Son también capaces de tocar al cuerpo, con un tacto no tangible, un tacto imposible de percibir si no se involucra dentro de lo corpóreo a lo visual.

Dicha posibilidad de tocar lo intangible, ocurre en la conjugación de un juego inteligente de la luz; pero, sobre todo, en la disposición precisa de las aperturas dispuestas sobre la piel del espacio. Estas rupturas, permiten el ingreso de una luz que baña la envolvente tangible del espacio y abraza completamente al cuerpo, aproximándose a la materialidad humana y arquitectónica para tocarla, sin tocar.

La posibilidad de que espacio y cuerpo sean tocados por la presencia de lo intangible ocurre en los ámbitos bañados, que emergen transformando la condición ordinaria del entorno mediante la luz y trascendiendo en su fusión con el sujeto; la luz como fenómeno natural, presenta su carácter envolvente al filtrarse por el espacio, invade el vacío contenido manifestándose como segunda envolvente, como contenedora inmaterial que se riega sobre el contenedor material bañándola con su existencia intangible.

Consideramos aquí una luz-color y sombra que bañan al cuerpo y envuelven su materialidad con su presencia no palpable; se nos presenta aquí lo intangible como un elemento que se puede observar pero que también toca al regarse por la materialidad del cuerpo y el espacio; una luz que entra al vacío

y lo inunda llevando a tomar consciencia de su existencia inmaterial que se posa sobre la condición corporal material haciendo al niño consciente de su espectáculo visual ampliamente indiscutible como un espectáculo que también reside en lo corpóreo.



Imagen 5: Fotografía alusiva al espacio cuerpo intangible.

Fuente: Elaboración propia.

Los niños mantienen siempre el afán lúdico de explorar el entorno y en esas experiencias de juego, constantemente se evidencia el asombro, todo aquello que lúdicamente descubren y que les deslumbra, escapa de ser explicado con el conocimiento racional de lo científico y acude más bien a la creación imaginaria de muchas interpretaciones posibles. Los niños juegan libremente con la experiencia sin otro propósito que alcanzar algo sin conseguir nada, posicionando al juego como el modo y pretexto de estar en el espacio, un modo totalmente desprevenido para el sujeto que experimenta que permite a partir de su observación, recoger datos con los que sea posible construir nociones sobre las vivencias espaciales de la infancia.

La posibilidad de observar los juegos como modos infantiles de experimentar y comprender el espacio, permiten conocer la vivencia en su más puro estado, totalmente desprovista de preposiciones, totalmente inconsciente de que es experiencia; lo cual enriquece posiblemente la conceptualización de un espacio como lugar de lo primigenio.

Campo
Inarticulado
De Experiencias.

Estos juegos que se usan como estrategias exploratorias, no se desconectan de la concepción material del espacio de la infancia como un "espacio-cuerpo", se trata de acciones que exploran el espacio en relación al cuerpo involucrando acciones como saltar, trepar, hincarse o arrastrarse.

Además de lo corporal, el juego en la conquista del espacio involucra la creación de simbolismos donde es posible la construcción del imaginario individual y colectivo, un imaginario que surge transversal a la acción corporal sobre el espacio real que se experimenta. Se habla de las múltiples posibilidades de conquistar el espacio material e inmaterial; una conquista que se fundamenta en la existencia del espacio como recurso que se explora pero que también vincula al cuerpo como entidad de aproximación y vincula al tiempo la capacidad imaginativa que hace posible que el espacio sea una cantidad infinita de lugares posibles.

Frente a esta experiencia ocurrida entre lo real y lo imaginario, es necesario ser investigadores distantes capaces de dejarse cautivar por la asombrosa complejidad de la infancia; nuestra aproximación, debe limitarse a observar sin intervenir intentando siempre guardar lo más inédito de la experiencia al no trastocar su desarrollo natural.

En este sentido, la necesidad de querer dominar el entendimiento del espacio y sus experiencias infantiles debe ser remplazado por una postura siempre abierta a todo aquello que parezca irrazonable pues el deseo adulto de dominar su complejidad, conduce a reducirla a esquemas simples.

En la experiencia infantil del espacio, se combinan lo irreal y de lo auténticamente vivido en un lenguaje que llega a ser manifestación de la experiencia del mundo como categoría de lo complejo, donde toda la experiencia es como un inmenso archivo de imágenes visuales, reales y posibles

Hay que aproximarse a la experiencia infantil del espacio, como quien se acerca a un terreno desconocido, a un inarticulado campo de experiencias en el que convergen simultáneamente múltiples posibilidades; todas como un vehículo de conexión entre eso que se vive y lo que se interpreta, diversas facetas que manifiestan una sola vivencia y la hacen incalculablemente amplia y a la vez compleja.



Imagen 5: Fotografía alusiva al espacio cuerpo intangible.

Fuente: Elaboración propia.

El niño en su vinculación con el espacio, guía al arquitecto adulto a desprenderse de su postura radical como “experto conocedor del espacio”, llevándole a abandonar sus criterios inamovibles, con los que constantemente considera debe evaluar el espacio.

El infante y la posibilidad de observar su experiencia espacial directa invita a descubrir nuevas ideas conceptuales sobre el espacio, nociones que se expresan en términos de experiencia corporal, de imaginación, de historias, de cuentos y ensoñaciones o de juegos; donde se observa que el arquitecto debe ser un observador paciente, un escucha atento y un investigador que considere importante la más mínima expresión del niño sobre el espacio.

En la fase de exploración, como estructura lúdica e imaginativa, se contradicen todas las lógicas que suponen un proceso lineal; se evidencia la existencia de procesos simultáneos y entrecruzados; esto, no supone que todo se encuentre desconectado, sino más bien que en estudio de la experiencia se comienza con unas ideas base las cuales abren caminos y en los caminos se encuentran preguntas, dudas, inquietudes, certezas y arbitrariedades que permiten avanzar y alimentar el pensamiento sobre el espacio como lugar de los niños.

La estructura de linealidad se rompe y se pueden observar mecanismos de ramificación que no caminan en una sola dirección, señalando una vez más lo mucho que se puede aprender sobre la arquitectura de infancia.

Se considera que el estudio de una aproximación espacial infantil, no puede ejercerse sin las previas nociones teóricas, pero que tampoco el investigador puede ceñirse a ellas de manera inamovible, debe comprenderlas con pensamiento

Conclusiones.

flexible permitiendo de esa manera que los procesos se enriquezcan y debe adoptar la posibilidad de acercarse abierto a la propia infancia reconociéndola como fuente primaria del conocimiento.

Aunque la posibilidad de adquirir nociones sobre el espacio de la infancia a partir de la observación y el análisis es un proceso ampliamente complejo, permite generar reflexiones y traducirlas a ideas, deja vivenciar la realidad del espacio de manera más próxima de lo que lo hacen los textos.

Aquí, se fortalece nuevamente la idea de que el arquitecto no puede ser un investigador-lector pasivo, sino también un creador, un observador, un intérprete.

Se adquiere mediante el proceso de investigación por descubrimiento, la habilidad de atreverse a aprender más allá de lo ya dicho en los textos, se aprende a ser observador y analítico, se aprende a cuestionarse, a evaluarse, a ver las dudas como caminos de conocimiento; se alimenta el pensamiento.

Se destaca el hecho de que estudiar el espacio de la infancia desde la observación experiencia, capacita para luego poder idearlo más de lo que seguramente puede capacitar la teoría.

Sobre lo aprendido tras el proceso de análisis de la experiencia espacial infantil y la adopción de las nociones teóricas, se puede mencionar que el espacio arquitectónico como lugar infantil es, antes que nada, un territorio corporal.

El cuerpo es para el niño, el centro de la experiencia, herramienta de exploración imprescindible. El espacio del niño, se va configurando de una manera activa y en aproximación cercana y vinculante; se evidencia una conquista espacial indiscutiblemente corporal en la que el niño se vale de la adopción de diferentes posturas corporales, de movimientos, de formas de expresión física ampliamente libres que se camuflan en las posibilidades del juego como estrategia para afrontar el espacio al que se aproximan, donde el cuerpo explorador está dotado de una alta plasticidad que le permite moldearse a las configuraciones del espacio, se habla de un cuerpo ampliamente sensible y de un espacio capaz de incidir en esa sensibilidad.

ASÍ MISMO, en la experiencia infantil, pueden coexistir múltiples realidades paralelas a la experiencia corporal espacial, conformando un estado difuso de complejas interpretaciones, pero sin embargo de disponibilidad y riqueza que invita a ser aprovechado. En el campo inarticulado, como territorio de la

experiencia espacial infantil, el niño es capaz de conservar las vivencias del cuerpo y reproducir una multiplicidad de vivencias posibles en las que el espacio y el cuerpo pueden ser transformados, se evidencia una fuerte actividad infantil creadora que puede aprovecharse como recurso del que se pueden abstraer ideas para la intervención del espacio arquitectónico como lugar de los niños.

El potencial imaginario y la posibilidad de acercarse a él son factores que disponen un conocimiento no dispuesto en la teoría, donde se reconoce sin lugar a discusión que son los niños verdaderos maestros del espacio.

La valía de las experiencias inarticuladas, no carece de un aporte hacia la conceptualización de la infancia que sea práctico y serio; sino que, por el contrario, posibilita la postulación de criterios capaces de intervenir en la propia conceptualización del territorio infantil espacial.

De Benito, A., & Amann, A. (s.f.). Chiquitectos: Taller de acciones lúdicas y Educativas en torno a lo arquitectónico para una sociedad del futuro. Obtenido de <http://www.fronterad.com/img/nro209/Chiquitectos.pdf>

Eslava, C. (2015). Huellas de la infancia en el impulso creativo. (Tesis Doctoral). Universidad Politécnica de Madrid.

Hernández, I. (12 de abril de 2010). La arquitectura y el habitar infantil. Obtenido de <https://expansion.mx/obras/2010/04/12/arquitecto-canonnes-nino>

Múzquiz, M. (2017). La experiencia sensorial de la arquitectura: desde la supremacía de la visión hacia la experiencia corpórea y emocional (Tesis de pregrado). Madrid: Universidad Politécnica de Madrid.

Pallasmaa, J. (2014). Los ojos de la piel. Barcelona: Gustavo Gili.

Piaget, J., & Inhelder, B. (1997). Psicología del niño. Madrid: Ediciones Morata.

Saldarriaga, A. (2005). La arquitectura como experiencia: Espacio, cuerpo y sensibilidad. Bogotá: Villegas Editores.

Universidad Nacional de Colombia. (s.f.). LunArquicos. Práctica experimental de arquitectura para niños. Obtenido de <http://www.youblisher.com/p/1819461-LunArquicos/>

Bibliografía.

